

que celebramos un especial oficio de Vísperas ese mismo día. Habitualmente el oficio se celebra apenas ter-mina la Divina Liturgia, se la “suma” como si fuera su final. El oficio comienza como un solemne resumen de toda la celebración como su síntesis litúrgica. Llevamos flores en nuestras manos en señal del gozo eterno de la primavera inaugurado por el espíritu Santo. Luego de la entrada triunfal, este gozo alcanza su clímax cuando cantamos el Gran Prokimenon: “¿Que dios es tan grande como nuestro Dios?”.

Y entonces, habiendo llegado a este clímax, se nos invita a arrodillarnos. Es la primera vez desde Pascua que lo hacemos. Esto significa que después de estos cincuenta días de gozo y llenura pascual, de experiencia del Reino de Dios, la Iglesia ahora comienza su caminar a lo largo del tiempo y la historia. Es de tarde otra vez, la noche se aproxima, durante la cual las tentaciones y los peligros nos esperan, cuando más que nunca necesitamos la ayuda divina, la presencia y el poder del Espíritu Santo, quien nos ha revelado este gozoso fin y quien nos ayudará en nuestro esfuerzo por alcanzar esta salvación.

Todo esto se nos revela en las tres oraciones que el celebrante lee mientras estamos arrodillados. En la primer oración, traemos a Dios nuestro arrepentimiento, nuestro pedido por perdón de pecados, la primera condición para entrar en el Reino de Dios.

En la segunda oración, le pedimos al Espíritu Santo que nos ayude, que nos enseñe a orar y seguir el camino de la verdad en la oscura y difícil noche de nuestra existencia terrena. Finalmente en la tercera oración, recordamos a todos aquellos que han concluido su paso por esta tierra pero que ahora están unidos a nosotros en el eterno amor de Dios.

El gozo de la Pascua ha sido completado y nosotros nuevamente tenemos que esperar por el Día Eterno. Pero, conociendo nuestras

debilidades, humillándonos al arrodillarnos, conocemos también el gozo y el poder del Espíritu Santo que ha venido. Sabemos que Dios está con nosotros, que en Él está nuestra victoria.

Así concluye la fiesta de Pentecostés y nosotros entramos nuevamente al “*tiempo ordinario*” del año. Aun así, cada domingo ahora será llamado por la fiesta de Pentecostés (el segundo, el tercer domingo después de...) y esto significa que por el poder y la luz de estos cincuenta días que recibiremos el poder, el auxilio divino en nuestra lucha diaria. En Pentecostés decoramos nuestra Iglesia con flores y con ramas verdes –porque la Iglesia nunca envejece sino que siempre es joven-. Ella es siempre joven, siempre como un árbol de gracia y de vida, de gozo y de paz. Porque el Espíritu Santo, “*el Tesoro de todo lo bueno y Dador de la Vida que viene a habitar en nosotros y nos limpia de toda impureza*” y llena nuestras vidas con significado real de amor, fe y esperanza.

*Rvdo. Padre Alexander Schmemmann*

### SOFIA

Esta semana continuaremos con las charlas del Seminario Ortodoxo de Formación para Iberoamérica: martes 9 a las 21:30 “*La fiesta de Pentecostés*” y Jueves 11 de junio a las 20:30 hs “*La Vida de San Rafael Hawawini*”.

Si no se ha inscripto todavía solo debe enviar un email a: [arzobispado@acoantioquena.com](mailto:arzobispado@acoantioquena.com), expresando el deseo de participar en las charlas hasta un día antes de las mismas; posteriormente recibirá del administrador WiZiQ una guía de acceso. La participación es totalmente gratuita.

Las lecturas de la semana	
<b>Lunes 8:</b>	Efesios 5:8-19; San Mateo 18:10-20
<b>Martes 9:</b>	Romanos 1:1-7, 13-17; San Mateo 4:23-25, 5:1-13
<b>Miércoles 10:</b>	Romanos 1:18-27; San Mateo 5:20-26
<b>Jueves 11:</b>	Romanos 1:28-32, 2:1-9; San Mateo 5:27-32
<b>Viernes 12:</b>	Romanos 2:14-28; San Mateo 5:33-41
<b>Sábado 13:</b>	Romanos 1:7-12; San Mateo 5:42-48
<b>Domingo 14:</b>	Hebreos 11:33-40, 12:1-2; San Mateo 10:32-33, 37-38, 19:27-30



# La Voz del Señor

Año VIII - Nro 23 - 7 de junio de 2009

Domingo de Pentecostés

### Para los sedientos de la Buena Nueva

*“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”*

La Buena Nueva no solamente concierne al hecho que el Señor nos ha otorgado la vida verdadera por su resurrección, sino que nos ha enviado, en Pentecostés, al Espíritu Santo, el “*consolador*” (Jn 14:26), para que nos acompañe y guíe en toda la verdad.

Resurrección y Pentecostés se complementan. En la resurrección, la naturaleza humana, por haber sido muerta y resucitada con Cristo, recibe la vida verdadera en ella. Esta vida se personaliza en cada ser humano a través del bautismo. Además, Dios, por su infinito amor a la humanidad, viene Él mismo a nosotros, y Su Espíritu Santo hace su morada en nosotros, por la crismación con el Santo Miron. La personalización de la Pascua y de Pentecostés a nivel de cada miembro del cuerpo de Cristo por el bautismo y la crismación brindó a los cristianos la presencia del Espíritu en ellos. Por ello, la fiesta de Pentecostés es la fiesta de la morada del Espíritu en nosotros.

En realidad, este festejo, que se inició por la invitación del Señor: “*Si alguno tiene sed, venga a mí y beba*”, expresa la gratitud de la Iglesia a la experiencia que tuvo por la morada del Espíritu en ella y en cada miembro de su cuerpo: “*ríos de agua viva correrán de su seno*”. Esta abundancia,

que menciona el Señor, se justificará sólo si se cumple el requisito en la invitación: tener sed. Es necesario, pues, meditar acerca a este aspecto de la fiesta de Pentecostés: ¿Qué significa tener sed? ¿Cómo acercarse para beber de esta agua?

El punto de partida para contestar es que Dios respeta tu libertad y no se impone sobre ti. Tener sed, significa desarrollar en ti un deseo hacia Dios que supera todo otro deseo, y un amor a Él que supera todo otro amor. Si quieres amar a alguien, compórtate como si lo amaras, y en poco tiempo, este amor empecerá a crecer en tu corazón. Si adecuas tu conducta con un deseo y amor supremo a Dios, entonces este deseo y amor crecerá en tu corazón y alma. Si Lo deseas, indubitadamente Él cumplirá tu deseo; si Lo amas, entonces Él vendrá a ti, y cuando venga, te transformará a Su imagen y semejanza, y tendrá su morada en ti.

Para desarrollar y sostener tal deseo, es necesario que sepas cómo el Espíritu mora en ti: la lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles, la participación de los oficios litúrgicos, la vigilancia espiritual te guiarán: Dios estará allí. Conocer a Dios es volverse como Él, no hay otra manera. Quien ama se vuelve como aquel a Quien ama. Experimentarás, pues, el misterio que no vas a permanecer para nada corrupto; estarás vivo: “*ríos de agua viva correrán de su seno*”. En cambio, si no tienes sed, ello provocaría que no corra agua viva de tu seno.

Por ello, la llave de la vida cristiana es tener sed; sed de justicia, sed de Cristo. Es sentir la necesidad de que venga la gracia de Dios a fin de purificar el alma. El evangelio afirma que “*los publicanos y las prostitutas*” precederán a los fariseos “*en el reino de Dios*” (Mt 21:31), porque tienen sed de plenitud, y no están llenos de la auto-suficiencia de los fariseos. San Isaac el Sirio (siglo VI) asemeja esta sed a la flama de una vela: el alma debe cuidar el deseo hacia Dios así como una vela encendida; una vela apagada significa un alma desierta del Espíritu. En realidad, san

Isaac pide que esta flama no solamente se quede encendida, sino que crezca tanto como un fuego de amor a Dios, como lo denota la vida de los santos.

Si alguien tiene su flama apagada, puede pedir a Dios que se la encienda, y Él lo hará: le mostrará pues Su presencia que colma todo vacío. Es más que una presencia; Él se ofrece y el mismo Espíritu morará en él. El Señor lo ayudará para ser como Él y cumplir su deseo. El Espíritu no es para los sanos, sino para los enfermos, los que viven su arrepentimiento, quienes, desde esta condición tan precaria, desean lograr la santidad. Para llevar a la humanidad de la imperfección hacia la perfección, de la incapacidad de seguir a los mandamientos hacia su realización, de la sed hacia la saciedad, se encarnó el Hijo de Dios, mostró el camino de la perfección, la vida eterna, la felicidad y la beatitud, se entregó a la muerte, resucitó al tercer día y cambió la perspectiva corruptible humana en incorruptibilidad. Sin embargo, se observan todavía en el mundo las señales del pecado, del sufrimiento, de la incredulidad, de la tristeza, etc. Si, por la resurrección, la incorruptibilidad está ofrecida a toda la humanidad, sin embargo, se da solamente a los que la acepten, y así la tendrán en su seno. El Espíritu Santo nos está dado para vivir la resurrección, vivir según el evangelio. Sin Él, la resurrección hubiera sido algo lindo pero que no llegaría a pertenecernos a nosotros. El Espíritu hace nuestra la resurrección, porque así podremos cambiar. Él no habla de sí mismo, sino *“tomará de lo mío (de Cristo) y os lo dará a conocer”* (Jn 16:13-15).

En definitiva, la actualización de la resurrección en nuestra vida se efectúa por el Espíritu, pero siempre con nuestro libre consentimiento cuya expresión explícita es nuestra sed que venga el Consolador a morar en nuestras almas. Amén.

**+ Metropolitano Siluan**

### ***Tropario de Pentecostés*** (Tono 8)

¡Bendito eres Tu, Cristo Dios nuestro! Porque has revelado a los pescadores llenos de Sabiduría, habiendo vertido sobre ellos al Espíritu Santo; y por medio de ellos atrapaste al universo, Amante de la Humanidad, gloria a Tí.

### ***Kontakion de Pentecostés*** (Tono 8)

Cuando el Altísimo descendió, confundiendo las lenguas, estaba dividiendo las naciones. Y cuando distribuyó las lenguas de fuego convocó a todos a una unidad. Por consiguiente, al unísono glorificamos al Espíritu Santísimo.

### ***Santo Evangelio según San Juan***

(7:37-52, 8:12)

El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie, gritó: *“Si alguno tiene sed, que venga a mí, y beberá. El que cree en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva.”* Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en Él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado. Muchos entre la gente, que le habían oído estas palabras, decían: *“Este es verdaderamente el profeta.”* Otros decían: *“Este es el Cristo.”* Pero otros replicaban: *“¿Acaso va a venir de Galilea el Cristo? ¿No dice la Escritura que el Cristo vendrá de la descendencia de David y de Belén, el pueblo de donde era David?”* Se originó, pues, una disensión entre la gente por causa de Él. Algunos de ellos querían detenerle, pero nadie le echó mano. Los guardias volvieron a los sumos sacerdotes y los fariseos. Éstos les dijeron: *“¿Por qué no le habéis traído?”* Respondieron los guardias: *“Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre.”* Los fariseos les respondieron: *“¿Vosotros también os habéis dejado embaucar? ¿Acaso ha creído en Él algún magistrado o algún fariseo? Pero esa gente que no conoce la Ley son unos malditos.”* Les dice Nicodemo, que era uno de ellos, el que había ido anteriormente a Jesús: *“¿Acaso nuestra Ley juzga a un hombre sin haberle*

*antes oído y sin saber lo que hace?”* Ellos le respondieron: *“¿También tú eres de Galilea? Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta.”* Jesús les habló otra vez diciendo: *“Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida.”*

### ***La Gran fiesta de Pentecostés***

En el ciclo anual litúrgico de la Iglesia, Pentecostés es llamado el *“último y gran día”*. Es la celebración que hace la Iglesia ante la venida del Espíritu Santo como el final y la plenitud de la entera salvación de la historia. Por esta misma razón, Pentecostés es también la celebración del nuevo inicio: del *“cumpleaños”* de la Iglesia como la presencia entre nosotros del Espíritu Santo, de la nueva vida en Cristo, de la gracia, el conocimiento, la adopción de Dios y la santidad.

Este doble sentido y doble gozo se nos revela, antes que nada, en el mismo nombre de la fiesta. Pentecostés en griego significa *“cincuenta”* y en el simbolismo sagrado bíblico de los números, el cincuenta simboliza tanto la plenitud de los tiempos como aquello que está más allá del tiempo: el Reino de Dios. Los cincuenta días simbolizan la plenitud de los tiempos por su primer componente: 49, que es la plenitud del 7 (7 x 7). El 7 es el número del tiempo. Y, esto simboliza, que aquello que está más allá del tiempo es el segundo componente: 49 + 1, este *“uno”* es el nuevo día, el *“día sin ocaso”* del Eterno Reino de Dios. Con el descendimiento del Espíritu Santo sobre los discípulos de Cristo, el tiempo de la salvación, la obra divina de la redención, se ha realizado, la plenitud se ha revelado, todos los dones han sido conferidos: ahora pertenecen a nosotros y nos apropiamos de ellos y así somos aquello en lo que nos hemos convertido en Cristo: participantes y ciudadanos de Su Reino.

### ***La Vigilia de Pentecostés***

La vigilia de Pentecostés se inicia con una solemne invitación: *“Venid y celebremos*

*Pentecostés, la venida del Espíritu Santo, el tiempo establecido de la promesa y la plenitud de la esperanza: el misterio que es grande y precioso.”*

En la venida del Espíritu, la misma esencia de la Iglesia es revelada:

*“El Espíritu Santo provee todas las cosas, con profecías, con la llenura del sacerdocio, enseñando la sabiduría a los iletrados y revelando a pescadores como teólogos. El une a todo el concilio de la Iglesia”.*

En las tres lecturas del Antiguo Testamento (Núm 11:16-17, 24-29; Jo 2:23-32; Ez 36:24-28) escuchamos las profecías del Espíritu Santo. Se nos enseña que la historia de toda de la humanidad se ha dirigido con rumbo al día en el que Dios *“derramará de Su Espíritu sobre toda carne”*. Este día ha llegado. Toda esperanza, toda promesa, toda expectación ha sido colmada. En el final de los himnos conocidos como las *“apostijas”* por primera vez desde Pascua cantamos la gran oración de *“Oh Rey Celestial, Consolador, Espíritu de la Verdad...”*, el himno con el que inauguramos todos nuestros oficios, nuestras oraciones, que es como el primer respiro de la Iglesia y quien viene a nosotros, quien desciende sobre nosotros en esta vigilia festiva es realmente la misma experiencia del Espíritu Santo viniendo a habitar en nosotros.

Y habiendo llegado a este clímax, la Vigilia continúa como si fuera una explosión de gozo y de luz porque *“realmente la luz del Consolador ha venido a iluminar al mundo”*. En el Evangelio que leemos (Jn 20:19-23) la fiesta se nos interpreta como la fiesta de la Iglesia, de su naturaleza, poder y autoridad divinos. El Señor envía a sus discípulos al mundo, de la misma manera en la que Él fue enviado por su Padre. Posterior a esto, en las antífonas de la Liturgia, proclamamos la universalidad de la predicación apostólica, su significado cósmico, la santificación del mundo entero, la real manifestación del Reino de Dios.

### ***Las Vísperas de Pentecostés***

La peculiaridad litúrgica de Pentecostés es